

LA GUERRA CONTRA EL INGLÉS EN EL ESCENARIO AMERICANO

José CERVERA PERY
General Auditor

Dice Cervantes que la gratitud figura entre los placeres que puede disfrutar el hombre. De aquí que mis primeras palabras sean para mostrar nuevo agradecimiento al Instituto de Historia y Cultura Naval con el que tan larga como entrañable vinculación me une en esta nueva comparecencia, como cierre de estas jornadas tan acertadamente programadas.

Habéis oído a lo largo de los días anteriores diferentes puntos de vista sobre la dinámica política y naval, que sucedió a Trafalgar cuyos ecos conmemorativos aún resuenan. Y hace sólo unos minutos la espléndida disertación del profesor Bertocchi sobre el relevante papel que desempeñó el apostadero de Montevideo como bastión de atlántica hispanidad en la América hermana. Me corresponde a mí por tanto «echar cierre» glosando –nunca mejor empleada la palabra– la victoria española contra el inglés en aquel escenario atlántico de tantas apertencias británicas. Es decir, las fracasadas invasiones a Buenos Aires en 1806 y 1807.

Con la creación del virreinato del Río de la Plata en 1777 se agrupó en una unidad estratégica toda la región vital del corazón del continente sudamericano, con una amplia salida al océano a través de los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay. Con anterioridad, a mediados del siglo XVIII –fechas ingratas para España en Europa– ya el Río de la Plata había pasado a ser el «Talón de Aquiles» del Imperio español y muy pronto su influencia y su importancia estratégica le otorgaron su mayoría de edad administrativa. Es entonces cuando la previsión política de don Juan de Garay y de su línea de fundaciones adquiere sentido histórico y los pueblos y tierras, dispersas y olvidadas en la inmensa soledad del territorio del Río de la Plata, recobran importancia decisiva.

Pero esta puerta abierta al Atlántico que es Buenos Aires, habría de servir a otros propósitos y alimentar otras ambiciones, sobre todo británicas, que pronto han de ponerse de manifiesto. La fundación de Montevideo como necesidad estratégica de la conquista española frente al avance portugués en el Río de la Plata, origina una estructura de puertos sobre el interior de las

líneas de despegue del avance español, que la independencia de estos territorios habría de entregar, en la plenitud de sus posibilidades a sus pueblos.

Ni Portugal primero, ni el imperio brasileño que lo sustituyó políticamente, afianzaron su cabeza de puente en el Río de la Plata. La historia de la fundación de la colonia de Sacramento y de sus cinco sucesivas reconquistas por obra de España, convencen a Portugal de la imposibilidad de mantener ese núcleo político en el río, y lo convierten –por ese mismo motivo- en excelente pieza de recambio en el tablero diplomático de la estrategia española, pero fue una pieza que representó sacrificio, esfuerzo y heroicidades para la corona de los Borbones, aunque la voluntad española de no compartir dominios en las aguas del Plata se mantuvo y fue un importante legado para los pueblos independientes de ambas orillas.

Todo ello habría de tener sus implicaciones navales tras el combate de Trafalgar, en que perdida la supremacía marítima y a remolque de Francia, España quedaba ligada precariamente a sus territorios de Ultramar lo que era una buena ocasión para Inglaterra de remachar su obra ensanchando los dominios americanos a su costa. En 1806 el virreinato de la Plata está al mando de don Rafael de Sobremonte, brigadier y marqués de su nombre que no tiene más mérito que ser un protegido de Godoy. La llegada a los puertos de Brasil a principios de dicho año de una escuadra inglesa con cinco mil hombre a bordo y cuyo destino se ignoraba alarmó a las autoridades españolas que pusieron en aviso a Sobremonte de que Buenos Aires podría ser atacada por dicha flota. El virrey infravaloró la fuerza por su escaso número, que no era tanto, pero su jefe el comodoro Home Popham, que se había procurado información de las condiciones del virreinato y de la ineptitud de su regidor, atacó en un rápido golpe de mano con sus cinco buques: *Narcissus*, *Ecounter*, *Diadem*, *Reasonable* y *Diomedes* y con poco más de 1.600 soldados.

El virrey que no había hecho caso de los avisos pasó de la petulancia al pánico, y para el general inglés Beresford, que llevaba el mando del ataque, ante la pasividad del virrey, más preocupado por su vida, su familia y efectos personales, que la defensa de la plaza, resultó un paseo, sobre todo en la primera parte del desembarco en Quilmas. Sobremonte, refugiado en el interior, había dejado instrucciones verbales al comandante de la plaza de Buenos Aires, en el sentido de que si podía defenderla lo hiciera, y en el caso contrario la entregara. El brigadier José Ignacio de la Quintana, que tampoco estu-

vo a tono con su cargo y responsabilidades hizo lo último, previa capitulación que entendió razonable.

Lo primero que hizo Beresford al apoderarse de Buenos Aires, ciudad entonces de unos 55.000 habitantes y que había permanecido ajena a toda amenaza bélica, fue apoderarse de los fondos públicos con argucias y amenazas al cabildo; fondos que depositaron en la fragata *Narcissus* para su envío a Inglaterra, pero no en toda su cuantía, por lo que, como escribió el contralmirante Lobo, Beresford y Popham estuvieron a la misma altura que el número de corsarios y piratas compatriotas suyos, de los que tan tristes recuerdos había en las colonias hispanoamericanas (1)

La conducta y actitud del capitán de navío don Santiago Liniers, gobernador de Barragán, al producirse el desembarco, compensó con creces la desafortunada gestión del virrey Sobremonte. Liniers tenía una brillante hoja de servicios que avalaba de antemano los méritos de la empresa, en la que se vio ayudado por la colaboración, espontánea y entusiasta, de un importante criollo, don Juan Martín de Pueyrredón, y de un grupo de mil paisanos. Después de observar el movimiento de despliegue inglés, Liniers pasó a Montevideo, de cuyo apostadero marítimo era comandante el brigadier la Armada don Pascual Ruiz Huidobro que preparaba la ofensiva, para el caso de que los británicos atacaran, con un cuerpo de 600 soldados veteranos y milicias disciplinadas.

La Junta de Guerra designó a Liniers para el mando de la expedición y contra los ingleses a otro marino distinguido, el capitán de fragata don Juan Gutiérrez de la Concha, para el mando de la escuadrilla, integrada por dos cañoneras, seis goletas o zumacas de tráfico de río de pequeño armamento y tres lanchas de aún menores efectivos. La expedición salió para la colonia de Sacramento donde habría de reunirse con los componentes terrestres. Además de Liniers y Concha, figuraban en ella los tenientes de navío don Juan Ángel de Michelena y don Joaquín Ruiz; los de fragata José de Córdoba, Cándido de la Sala y José Posadas, y los alféreces Benito Correa, Manuel de la Iglesia, Joaquín Toledo, José Miranda y Federico La Cos.

(1) El contralmirante don Miguel Lobo y Malagamba, con diversos destinos en la América española, y que más tarde sería uno de los artífices de la brillante actuación de la Armada en la revolución cantonal, ha tratado este episodio de los desembarcos ingleses en Buenos Aires con un lujo de detalles y aportación documental que hacen su obra absolutamente indispensable para el conocimiento de estos hechos.

Llegada a la bahía de las Conchas, recibió el refuerzo del elemento civil de Pueyrredon, con el cual emprendió su avance sobre Buenos Aires. En el camino se le sumaba entusiasta la juventud criolla y la de los españoles residentes, compañeros de armas improvisados a los que su entusiasmo daba prestancia al ejército. Liniers desplegó ante el enemigo una inteligente estrategia y, simulando un ataque por una zona, lo realizó efectivamente por otra, desorientando al enemigo. Beresford, sin embargo, no contaba con buena instalación artillera pero cubría las azoteas con excelentes tiradores. Fue preciso desembarcar dos cañones de las goletas y, el combate se decidió, al día siguiente, a favor de los españoles, peninsulares y criollos, que lucharon hombro con hombro con decisión y audacia. La acción fue magnífica porque aniquiló al enemigo: 300 de sus hombres cayeron en la batalla y los otros 1.200 con Beresford al frente, quedaron prisioneros; además de capturar 35 cañones, 1.600 fusiles y todas las banderas y estandartes de los invasores, cuyos hombres se rindieron con honores de guerra por generosa concesión de Liniers.

Pero Beresford no pagó con la misma moneda; consiguió de Liniers un documento de la rendición con fecha atrasada, pues temía las reacciones de su gobierno, y se fugó quebrantando la palabra de honor empeñada. Popham, por su parte, bombardeó Montevideo y atacó Maldonado cuyo pueblo ocupó. La réplica se la daría también la Marina con la columna mandada por el teniente de fragata Abreu que murió en el encuentro. Sus fuerzas no pudieron hacer otra cosa que hostilizar a los invasores sin permitirles salir del pueblo. Así terminaría el año 1806, en el que España, en muchos campos de acción, tendría que paliar con el esfuerzo de sus hombres la penuria de sus medios.

La conquista de Buenos Aires y la aventura de Popham en Montevideo fueron recibidas jubilosamente en Londres que de inmediato preparó tropas para reforzar a Beresford y ampliar a Uruguay (Montevideo) y Chile (Santiago) sus acciones piráticas; pero la reconquista bonaerense le obligó a variar los planes. Se organizaron entonces dos poderosas expediciones navales con más de 90 transportes custodiados por 30 naves de guerra y un total de 12.000 hombres. Una de ellas al mando del brigadier sir Samuel Auchmuty y la otra por el de su misma clase Crawford. Buenos Aires y Chile eran sus destinos, con el objeto de enlazarles por tierra. Navegando recibieron las noticias de la humillante derrota de Beresford que fue como un jarro

de agua fría para las ambiciones británicas. El almirante Starlong fue designado para relevar a Popham, y se obtuvo el refuerzo del almirante Murria y del teniente general sir John Whitelocke con un Ejército de 15.000 hombres. Auchmuty llegó a Maldonado en los primeros días de 1807, evacuó la población y siguió río arriba hasta Montevideo, a cuyo gobernador coaccionó a la rendición. El famoso Sobremonte estaba en la ciudad y –según Fernández Duro– estorbó todo lo que pudo al gobernador Huidobro durante la defensa. El enemigo formalizó el sitio y bombardeó Montevideo; pero Buenos Aires acudió en su socorro, primero con el brigadier Arce y la colaboración del marino Michelena, y después con Liniers y Gutiérrez de la Concha con una columna de 1.500 soldados, tras penosa travesía del Plata. Auchmuty ofreció la capitulación que no fue aceptada y los ingleses asaltaron Montevideo haciéndose dueños de la ciudad, que tomaron al arma blanca. Más de ochocientos fueron las bajas españolas entre muertos y heridos, quedando seiscientos prisioneros con el gobernador Huidobro y el brigadier Arce. Los ingleses se preparaban para pasar a la banda opuesta del Plata con fuertes efectivos, eligiendo la ensenada de Barragán como fondeadero de transportes y base de operaciones. Allí desembarcó Whitelocke y tuvo enfrente, de nuevo, a Liniers que, esta vez, resolvió combatir en campo abierto con los ingleses que habían desembarcado a unos cincuenta kilómetros de Buenos Aires. La suerte parecía también aliada de los invasores, con tropas más veteranas y fogueadas frente a la bisoñez de los atacantes, pero Whitelocke era un general mediocre que no pudo o no supo sacar partido de la situación. Auchmuty atacó a Buenos Aires desde otra posición, la que defendía Gutiérrez de la Concha que tuvo que rendirse haciendo clavar sus cañones. Crawford entró también en la ciudad por el centro sin encontrar demasiada resistencia en principio. Fue otra de las buenas disposiciones de Liniers que los dejó avanzar hasta el centro de las calles de donde surgieron tiradores por todas partes. Los invasores no pudieron resistir y Crawford se refugió en el convento de Santo Domingo. Liniers le invitó a rendirse sin que aceptara en principio; pero imposibilitado de obtener un mejor resultado, entregó su espada al coronel Elío. El balance de la lucha volvía a significar la derrota de los invasores y el triunfo de las fuerzas criollas y españolas.

Liniers y Whitelocke negociaron las condiciones de la rendición; pero los ingleses utilizaron toda clase de evasivas durante un tiempo de seis meses,

en los que supieron sacar partido de las circunstancias. La capitulación se redactó, por fin, entre Liniers y el mayor general Lewison Groven. En agosto de 1807 se retiraron los británicos, y Montevideo y Buenos Aires volvieron al dominio español. Liniers, que tras la invasión había ascendido a brigadier, recibía ahora los entorchados de jefe de la primera escuadra y el nombramiento de virrey y capitán general de las provincias que tan bizarramente había sabido defender. También obtuvo un título con el condado de Buenos Aires. Hubo ascensos para jefes y oficiales del Ejército, Armada y milicias, y al anterior virrey, Sobremonte, se le procesó y sometió a consejo de guerra; pero su larga dilación motivó que se le absolviese y se le devolviesen los bienes incautados. Es más, se le nombró mariscal de campo y consejero de Indias. Para Fernández Duro «la revisión queda encomendada a la Historia, que disiente en absoluto del tribunal que lo juzgó».

En cuanto a los ingleses, derrotados y humillados, tuvieron también sus sanciones. A Popham un consejo de guerra le condenó solamente a reconvencción; pero la decisión con respecto a Whitelocke fue mucho más severa; se le imponía la pérdida de empleo, declarándosele incapaz e indigno de gozar empleo militar, de cualquier especie que sea, al servicio de su majestad. El propio Whitelocke exponía en Londres, tratando de justificar su conducta, que se encontró con una resistencia inesperada, porque cada habitante había convertido la azotea de su casa en una posición para cooperar con las tropas regulares argentinas en los combates callejeros, y textualmente proclamaba:

«No hay un solo ejemplo, me atrevo a decirlo, que pueda igualarse al presente en el cual –sin exageración– todo habitante (libre o esclavo) ha combatido con una tenacidad y resolución que no cabría esperar ni el entusiasmo religioso patrio ni del odio más inveterado e implacable.»

Las expediciones navales inglesas a Buenos Aires de los años 1806 y 1807, y sus consiguientes ataques y rechazos, integran dos de las páginas más sombrías del Imperio británico. Ciertamente que fueron inspiradas por la tenaz actividad emancipadora del venezolano Miranda; pero Inglaterra, desleal con todos, se aprovechó de ese fermento emancipador, que tenía cercano el ejemplo de los Estados Unidos, para intentar apoderarse de algunas posesiones del Atlántico americano y quedarse con ellas.

Para los ingleses la experiencia resultó mala, ya se ha visto; para los criollos les mostró claramente sus fuerzas y adquirieron un sentido de identi-

dad nacional. Bartolomé Mitre, en su *Historia de San Martín y de la emancipación americana*, puso el dedo en la llaga escribiendo:

«Cómo la gran victoria de Buenos Aires tuvo gran resonancia en el mundo y, sobre todo, en el corazón de los americanos a quienes dio la conciencia de una fuerza que ellos mismos ignoraban. Esta propaganda respondió a un nuevo sentimiento de nacionalidad que empezaba a formarse.»

Y cuando se toma el gusto al poder es muy difícil hacer dejación del mismo. Martín de Alzaga, Pueyrredon, Saavedra, etc., gustaron las mieles de una victoria trabajada con tanto esfuerzo como el de los españoles peninsulares, y sus éxitos, aunque favorables para España, de un modo inmediato evidenciaron a los porteños el alcance de sus fuerzas y el partido que de ellas podrían sacar y que, a la larga, habrían de emplear contra España. Como ha escrito Fernández Arlaud en su *Historia argentina*:

«Los cuerpos militares serán un factor de poder y un centro de presión que guiará los hechos políticos y los acontecimientos históricos a partir del cabildo abierto de mayo de 1810. La organización militar que salvó a la Argentina de ser colonia inglesa, sirvió, al mismo tiempo, para la preparación de la independencia casi inmediata.»

Los ataques ingleses a Buenos Aires y el peligro que ello comportó, hicieron comprender a Godoy que era necesario llegar a una paz con Inglaterra para no verse constreñido a nuevas amenazas, tal como que para mantener los dominios españoles en América se precisaba sacar a la Armada de la postración en que había caído después de Trafalgar. Con su nombramiento de almirante general, concedido con ingenuidad por Carlos IV, pensaba enderezar muchos entuertos y, aunque creó un Consejo del Almirantazgo integrado por famosos marinos como Álava, Escaño y Salcedo, que fueron muy bien recibidos por sus compañeros de la Armada, la falta de popularidad del favorito era cada vez más acusada pero, en realidad, su visión respecto al problema americano, después de la independencia de los Estados Unidos, fue clara y acertada. Lo malo es que no contó con suficientes mimbres para confeccionar el cesto.

El Ejército francés entra en España en 1807 camino de Portugal, pero con intención igualmente de apoderarse de toda la Península. Una indiscreción de Junot desde Lisboa, poniendo todo Portugal bajo el dominio de Napoleón, puso de relieve la estratagema. Pero ya era tarde para dar marcha

atrás. A pesar de todo, la Marina intentará seguir manteniendo el contacto con América, elemento vital; pero carecerá de medios para hacerlo, porque Napoleón exige que la escuadra española del almirante Valdés se le incorpore en Tolón. No dará tiempo al cumplimiento de esta orden que, por otra parte, Valdés se muestra reacio a acatar. Los acontecimientos de mayo de 1808 imponen otros condicionantes que corresponden también a otro capítulo de nuestra Historia. (2)

(2) La abdicación de Fernando VII, las derrotas de los Ejércitos españoles en la Península, el desprestigio de la Junta Central –en suma la quiebra de autoridad española– van a dejar a los españoles desorientados. Comentando esta coyuntura son muchos los que afirman que no fueron los americanos los que se levantaron contra España, sino que fue España.